Sacerdotes con alma sacerdotal y mentalidad laical

Ferdinando Rancan

Ordenado sacerdote en 1953, después de haber estudiado la carrera de Ciencias. Profesor en el Seminario diocesano de Verona y en distintos centros escolares de la ciudad.

1. MI PRIMER ENCUENTRO CON EL FUNDADOR DEL OPUS DEI

Me atrevería a decir que mis encuentros con el ambiente y las personas del Opus Dei y, sobre todo, con su Fundador, el Beato Josemaría, fueron revolucionarios para mi vida de sacerdote diocesano y para la actividad de mi ministerio, especialmente por la forma en que aprendí de él a *amar al mundo apasionadamente*.

Mi primer encuentro con personas del Opus Dei tuvo lugar a comienzos de 1954. Yo era sacerdote desde pocos meses antes, y procedía de una formación seminarística y de un ambiente eclesialístico, fuertemente configurado por una espiritualidad en la que no se apreciaba suficientemente la vida secular en cuanto camino hacia Dios. Era la misma espiritualidad que se vivía en otros Seminarios, y que en mi diócesis, Verona, ha tenido durante muchos años un influjo absoluto sobre la formación de los sacerdotes diocesanos. Era una formación muy sólida y seria, pero que al mismo tiempo resultaba rígida y en ocasiones resultaba difícilmente conjugable con los quehaceres de un sacerdote secular, precisamente por su poco aprecio de la secularidad como camino hacia Dios. De hecho, la necesaria prudencia hacia la mentalidad mundana, que es propia de la ascética cristiana, se había transformado en nosotros en una disposición de desconfianza y de sospecha hacia todo aquello que transcurriese en los ambientes del mundo y hacia las realidades seculares, las cuales aparecían a nuestros ojos como un peligro, cuando no como un obstáculo para la vida sacerdotal. Se pensaba, además, que el estado sacerdotal debía llevar consigo un apartamiento del

mundo. Todo esto impedía considerar lisa y llanamente el ministerio sacerdotal ejercido en medio del mundo como fuente de la espiritualidad del sacerdote.

Se trata de una visión de las cosas, que entonces estaba bastante generalizada, pero que hoy día es necesario explicar, porque con el paso del tiempo esa mentalidad ha desaparecido casi totalmente. Puede decirse sin exageración que actualmente existe unanimidad a la hora de afirmar que el propio ministerio ha de ser fuente de la vida espiritual del sacerdote; que el sacerdote ha de encontrar su santidad —también su identidad— en el ejercicio de este ministerio, encontrando la unidad de su vida, como dijera *Presbyterorum Ordinis*, precisamente en la caridad pastoral¹. En las fechas que estoy evocando esto no era así.

La situación que he descrito se encuentra bien sintetizada en los interrogantes que Jean Frisqué, inmediatamente después del Concilio, planteaba en su comentario a *Presbyterorum Ordinis*, al considerar la relación que debía darse entre el ejercicio del ministerio y la santidad sacerdotal:

«Dejando aparte el culto, ¿el ministerio de los sacerdotes no está sobre todo vuelto hacia los hombres? Y en esta medida, ¿acaso no es extraño a la cuestión de la santidad sacerdotal? ¿No puede pensarse que este ministerio se convierte en un obstáculo, puesto que absorbe todas las energías del sacerdote? Para decirlo brevemente, ¿la santidad del sacerdote y de su ministerio no son esencialmente *dos realidades heterogéneas* que es necesario en el mejor de los casos equilibrar en una existencia sacerdotal, puesto que es obvio que la calidad del ministerio depende de la santidad de quien lo ejerce?»².

Estos interrogantes —que reflejan bien las preguntas que nos hacíamos— respondían a una concepción vigente durante siglos en los tratadistas de teología espiritual, que consideraban las ocupaciones seculares sólo en su aspecto de posible obstáculo para la vida interior y, en consecuencia, percibían el ministerio sacerdotal —sobre todo, como es lógico, en los quehaceres más relacionados con el mundo—, como un impedimento para alcanzar la tranquilidad que resulta imprescindible para tener vida interior.

En este ambiente —nótese que me estoy refiriendo a los años anteriores al Concilio Vaticano II—, mi primer contacto con el Opus Dei y con su Fundador supuso para mí, como he dicho, una auténtica revolución. Y es que el carisma concedido al Beato Josemaría resonó en muchos ambientes similares al mío como

¹ Cfr. CONCILIO VATICANO II, Decr. *Presbyterorum Ordinis*, 14.

² J. FRISQUÉ, *Le Décret "Presbyterorum Ordinis". Histoire et commentaire*, en AA.Vv., *Vatican II. Les Prêtres. Formation, ministère et vie*, París 1968, 163.

una novedad absoluta. Cuando aludo a los aspectos del mensaje del Fundador del Opus Dei que me parecían revolucionarios me estoy refiriendo, sobre todo, a la proclamación de la “llamada universal a la santidad” y a la afirmación de la consecución de la santidad “a través del trabajo ordinario”, lo cual comportaba, obviamente, una consideración profundamente positiva y optimista de la secularidad y de las tareas seculares, que, en su predicación, eran presentadas no como obstáculo sino más bien como lugar, camino y materia de santificación.

De todas maneras, lo que estas afirmaciones del Beato Josemaría significaban para el ministerio sacerdotal y qué trascendencia podían tener para nosotros sacerdotes —que éramos ya conscientes de que debíamos ser santos— no estaba muy claro en aquellos tiempos, y me atrevería a decir que tampoco en los nuestros está suficientemente claro. Y es que esas afirmaciones del Beato Josemaría resultarían incomprensibles sin una categoría fundamental de la vida cristiana: la secularidad. Me refiero a la dimensión teológica de la secularidad, de la vida de la calle, de las tareas ordinarias. De hecho el Fundador del Opus Dei, con su predicación, rompía un silencio de siglos y recuperaba un elemento evangélico que había forjado la vida de los primeros cristianos, caracterizando su presencia en el mundo.

Por mi parte no comprendí inmediatamente qué era lo que hacía tan novedoso el estilo que conocí en el Opus Dei con respecto al ambiente del Seminario. Lo primero que me llamó la atención fue el aspecto externo de las sedes de sus Centros, que tenían el aspecto de corrientes casas de familia. Sólo más tarde, cuando ya frecuentaba los medios de formación ofrecidos por el Opus Dei y, sobre todo, gracias a los encuentros con el Beato Josemaría, la dimensión secular que caracteriza la ordinaria vida cristiana se convirtió en un descubrimiento luminoso y decisivo también para mi vida de sacerdote diocesano.

Me encontré por primera vez con el Beato Josemaría en diciembre de 1959, en Roma, en la sede central de viale Bruno Buozzi, cuya construcción estaba apenas terminada. Él mismo me hizo de anfitrión y se entretuvo conmigo como una hora y media enseñándome la casa. Este encuentro fue para mí una espléndida y conmovedora catequesis sobre el espíritu del Opus Dei. En aquella casa cada rincón y cada detalle eran una muestra del espíritu del Opus Dei. Estas paredes, parece que están hechas de piedra y en cambio son de amor, me decía el Beato Josemaría. El amor a Dios se encontraba hecho materia en el cuidado de los detalles. Era así: entre los oratorios, las salas de estar de la casa y las demás dependencias que sirven para las diversas actividades había una perfecta “continuidad”, una especie de hilo conductor que los unía a todos, el amor.

Pero más allá del ambiente de la casa, la catequesis más eficaz y conmovedora era la figura y la personalidad del Beato Josemaría. En aquella voz cálida y decidida, que tantos recuerdan todavía, se sentía arder un alma de sacerdote con

una mentalidad completamente abierta al mundo; un sacerdote enamorado de Cristo y de su sacerdocio, que al mismo tiempo “amaba al mundo apasionadamente” con el deseo de “colocar a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas”. Mientras él hablaba, yo lo miraba y lo escuchaba sin decidirme a hacer las preguntas que de manera algo confusa se agitaban dentro de mí, porque a la vez que le sentía muy cercano a mí, a mis aspiraciones y a mis exigencias, al mismo tiempo me sentía muy lejano de él.

Con mi pensamiento me encontraba todavía en mi *habitat* eclesiástico, de sacerdote separado de los hombres, que vivía en su mundo personal para “dirigir” desde él la grey de los fieles y “organizar” desde allí la comunidad de los creyentes. El Beato Josemaría, en cambio, habitaba “fuera”: su *habitat* era la calle, allí donde viven los hombres; él estaba recorriendo al lado y junto a sus hijos, laicos y sacerdotes, los “caminos de la tierra” para volverlos “divinos”. En una palabra: para mí fue una catequesis sobre un binomio fundamental del espíritu del Opus Dei, que veía vibrar en él: un “alma profundamente sacerdotal” junto con “una mentalidad laical”. Es exactamente este binomio el que sintetiza la dimensión secular de la vida del cristiano en el mundo y también la del sacerdote diocesano.

2. ALMA SACERDOTAL Y MENTALIDAD LAICAL

“Alma sacerdotal y mentalidad laical” es una expresión llena de matices y rica en contenido con la que el Beato Josemaría sintetizaba uno de los rasgos esenciales del espíritu del Opus Dei³. Al evocar mis encuentros con él, especialmente el primero de ellos, estas expresiones cobran para mí un valor nuevo y más profundo, pues a su luz capto mejor la naturaleza y el porqué de la conmoción que las palabras del Beato Josemaría provocaron en mi vida, y viceversa, esa conmoción me ayuda a comprender mejor el dinamismo vital de esas expresiones. Saber integrar ambas coherentemente lleva a vivir en el mundo con *unidad de vida*. Ambas expresiones forman parte de ese espíritu que todos los fieles del Opus Dei se esfuerzan por vivir por muy diversas que sean las condiciones en que se desarrolla su vida.

Como es obvio, el Beato Josemaría habló de esta unidad de espíritu en numerosas ocasiones. Se refirió a ella detenidamente en una ocasión particularmente solemne: en la homilía pronunciada en octubre de 1967 en el *campus* de la Universidad de Navarra y que se publicó con el significativo título de *Amar al*

³ Cfr. por ejemplo, *Sacerdote para la eternidad*, 64.

mundo apasionadamente; en ella cobra particular viveza esa actitud que, como vengo diciendo, golpeó mi alma desde mi primer encuentro con él. En esta homilía se encuentra una descripción de la variedad de situaciones en que se encuentran los cristianos corrientes y una llamada a la unidad del espíritu que deben vivir en tan variados contextos:

«Soy sacerdote secular: sacerdote de Jesucristo, que ama apasionadamente el mundo. Quienes han seguido a Jesucristo —conmigo, pobre pecador— son: un pequeño tanto por ciento de sacerdotes, que antes han ejercido una profesión o un oficio laical; un gran número de sacerdotes seculares de muchas diócesis del mundo —que así confirman su obediencia a sus respectivos Obispos y su amor y la eficacia de su trabajo diocesano—, siempre con los brazos abiertos en cruz para que todas las almas quepan en sus corazones, y que están como yo en medio de la calle, en el mundo, y lo aman; y la gran muchedumbre formada por hombres y mujeres —de diversas naciones, de diversas lenguas, de diversas razas— que viven de su trabajo profesional, casados la mayor parte, solteros muchos otros, que participan con sus conciudadanos en la grave tarea de hacer más humana y más justa la sociedad temporal; en la noble lid de los afanes diarios, con personal responsabilidad —repetido—, experimentando con los demás hombres, codo con codo, éxitos y fracasos, tratando de cumplir sus deberes y de ejercitar sus derechos sociales y cívicos. Y todo con naturalidad, sin mentalidad de selectos, fundidos en la masa de sus colegas, mientras procuran detectar los brillos divinos que reverberan en las realidades más vulgares»⁴.

Toda la homilía es un canto de amor al mundo como ámbito de santificación en el que el cristiano ha de dar cumplimiento a una vocación y a una misión divinas. La homilía es, en consecuencia, una vibrante exhortación a vivir la unidad de vida, sabiendo devolver a la materia y a las situaciones ordinarias de la existencia su noble y original sentido, es decir, poniéndolas al servicio del Reino de Dios y convirtiéndolas en medio y ocasión de santidad; por decirlo con una hermosa expresión utilizada por el Beato Josemaría en esta misma homilía, haciendo que en el propio corazón se unan el cielo con la tierra⁵.

Esto es lo propio del sacerdocio, tanto del sacerdocio ministerial como del sacerdocio común de los fieles, cada uno con sus rasgos propios: santificar, unir el cielo con la tierra, colaborar en la liberación de todo lo creado, en una cons-

⁴ *Conversaciones*, 119.

⁵ Cfr. *ibidem*, 116.

tante unión con el único Mediador, es decir, corredimiendo con Él⁶. En la luz fundacional que el Beato Josemaría percibe el 2 de octubre de 1928, se destaca el Bautismo como hecho fundamental en la vida del cristiano, en el que radica toda identificación con Cristo y en donde se fundamenta la llamada universal a la santidad y al apostolado.

Y es en este contexto donde se sitúa la afirmación del Beato Josemaría de que todos —sacerdotes y laicos— han de tener “alma sacerdotal” y todos, precisamente porque tienen el mundo como misión, han de tener “mentalidad laical”. De ahí la fuerza con que el Beato Josemaría afirma que quienes pertenecen al Opus Dei poseen la misma vocación y viven esta ingente variedad de situaciones y de tareas unidos en el mismo espíritu. Tan fuerte es esta unidad de espíritu, que el Fundador del Opus Dei gustaba subrayarla hablando de una sola clase de fieles o miembros, como consecuencia de la igualdad existente entre todos los fieles cristianos, que participan de una común condición.

Era una forma gráfica de mostrar la armónica conjunción que existe en la Iglesia —y en consecuencia en el Opus Dei— entre sacerdotes y laicos⁷. Es idéntica la santidad a la que todos están llamados. Todos han de tener el mismo espíritu y han de practicar las mismas virtudes. He aquí un pensamiento reiteradamente expresado por el Beato Josemaría:

«En el Opus Dei no hay más que una sola clase de miembros: y cada uno en su estado debe tender con todas sus fuerzas a la santidad, el sacerdote y el laico, el laico y el sacerdote [...]. Y todos, sacerdotes y laicos, tenemos, como consecuencia de nuestra vocación, alma sacerdotal y mentalidad laical: esto hace que los clérigos no atropellen a los laicos, ni los laicos a los clérigos; que no haya clérigos que se quieran entrometer en las cosas de los laicos, ni laicos que se entrometan en lo que es propio de los clérigos»⁸.

⁶ «Os aseguro, hijos míos, que cuando un cristiano desempeña con amor lo más intrascendente de las acciones diarias, aquello rebosa de la trascendencia de Dios. Por eso os he repetido, con un repetido martilleo, que la vocación cristiana consiste en hacer endecasílabos de la prosa de cada día. En la línea del horizonte, hijos míos, parecen unirse el cielo y la tierra. Pero no, donde de verdad se juntan es en vuestros corazones, cuando vivís santamente la vida ordinaria...» (*ibidem*, 116).

⁷ «En la Obra no hay grados o categorías de miembros. Lo que hay es una multiplicidad de situaciones personales —la situación que cada uno tiene en el mundo— a la que se acomoda la misma y única vocación específica y divina: la llamada a entregarse, a empeñarse personalmente, libremente y responsablemente, en el cumplimiento de la voluntad de Dios manifestada para cada uno de nosotros» (*ibidem*, 62).

⁸ RHF (Registro Histórico del Fundador) 20.568, 11. Citado en L.F. MATEO-SECO - R. RODRÍGUEZ-OCAÑA, *Sacerdotes en el Opus Dei*, Pamplona 1994, p. 30, nt. 15.

Alma sacerdotal y mentalidad laical son expresiones de gran densidad teológica y que designan dos características esenciales del mensaje del Beato Josemaría. He aquí otro texto:

«Quiero que todos mis hijos, sacerdotes y seglares, grabéis firmemente en vuestra cabeza y en vuestro corazón algo que no puede considerarse en modo alguno como cosa solamente externa, sino que es, por el contrario, el quicio y el fundamento de nuestra vocación divina».

«En todo y siempre hemos de tener —tanto los sacerdotes como los seglares— *alma verdaderamente sacerdotal y mentalidad laical*, para que podamos entender y ejercitar en nuestra vida personal aquella libertad de que gozamos en la esfera de la Iglesia y en las cosas temporales, considerándonos a un tiempo ciudadanos de la ciudad de Dios (cfr. Ef 2, 19) y de la ciudad de los hombres»⁹.

El concreto significado de estas expresiones queda claro por el contexto. Con la expresión *alma sacerdotal*, se quiere significar, entre otras cosas, que todos han de vivir el sacerdocio común cristiano con el deseo de identificarse con Cristo; que todos han de vivir la propia existencia con sentido sacerdotal y todos, teniendo como centro y raíz de su vida interior la Santa Misa, han de encaminar a Dios su entera actividad, la propia profesión u oficio, convertida en ofrenda al Creador.

Como ya se ha visto, en los escritos del Beato Josemaría, la expresión “alma sacerdotal” suele venir acompañada de esta otra: “mentalidad laical”. Se significa con esta última que todos —tanto los sacerdotes como los laicos—, han de amar el mundo con *mentalidad laical*, es decir, han de amarlo sabiendo respetar su íntima naturaleza tal y como ha sido querida por Dios y sabiendo apreciar también en todo su valor sobrenatural todas las actividades humanas nobles. La expresión “mentalidad laical” sirve para completar la expresión “alma sacerdotal” y, sobre todo, sirve para realzar la importancia de la realidad teológica contenida en los quehaceres seculares en la vida del cristiano, también del sacerdote. En consecuencia, el espíritu del Opus Dei supone para los sacerdotes amar aún más su específica tarea sacerdotal y entregarse a ella con plena dedicación; supone amar también el estado y las actividades propias de los laicos, ayudándoles a encaminar todas las cosas a Dios con responsabilidad personal.

⁹ J. ESCRIVÁ, *Carta 2.II.1945*, n. 1. Citado en L.F. MATEO-SECO - R. RODRÍGUEZ-OCAÑA, cit., p. 30, nt. 16.

3. LA IDENTIFICACIÓN CON CRISTO Y EL “ALMA SACERDOTAL”

Gustaba recordar el Beato Josemaría que el cristiano está obligado a ser *alter Christus, ipse Christus*, otro Cristo, el mismo Cristo, y añadía:

«Todos, por el Bautismo, hemos sido constituidos sacerdotes de nuestra propia existencia, *para ofrecer víctimas espirituales, que sean agradables a Dios por Jesucristo* (1 Pe 2, 5), para realizar cada una de nuestras acciones en espíritu de obediencia a la voluntad de Dios, perpetuando así la misión del Dios-Hombre»¹⁰.

El “alma sacerdotal” responde a esta realidad sacramental de identificación con Cristo y de “inserción” en su misión redentora. La cita de la primera carta de Pedro que aduce aquí el Beato Josemaría no deja lugar a dudas sobre el ámbito teológico en que se mueve cuanto está diciendo. *También vosotros*, dice San Pedro, *como piedras vivas, sois edificados como edificio espiritual para un sacerdocio santo, con el fin de ofrecer sacrificios espirituales, agradables a Dios por medio de Jesucristo*.

El texto de Pedro, en efecto, utilizando como punto de partida la imagen de solidez y unidad de un templo bien cimentado, prosigue advirtiendo a los cristianos que son piedras vivas, edificadas sobre el fundamento, que es Cristo, que es la piedra angular rechazada por los edificadores. En consecuencia, toda la vida de este nuevo templo ha de ser un acto de culto a Dios, realizado en Cristo, por la unión con Él.

La fuerza con que el Beato Josemaría apoya su argumentación ascética en el sacerdocio de los fieles para hablar de la unidad de vocación en el Opus Dei es inseparable de la centralidad que ocupa en su pensamiento la figura de Cristo Sacerdote, y la radicalidad con que considera la identificación del cristiano con Cristo por la consagración bautismal. Esta identificación es la que le lleva a llamar al cristiano no sólo *alter Christus*, sino *ipse Christus* con un vigor personalísimo. El Beato Josemaría comenzó aplicando esta expresión al sacerdote, y poco a poco la fue haciendo extensiva a los laicos en un *crescendo* constante. Cuando el Beato Josemaría utilizó esta expresión por primera vez en *Camino* (n. 66), la afirmación de que el sacerdote es *alter Christus* tenía ya una larga tradición en el pensamiento cristiano. En el número 67 advierte que se trata de una doctrina tan sabida que se corre el peligro incluso de que se “olvide”. Remite así a la tradición doctrinal

¹⁰ *Es Cristo que pasa*, 96.

que le precede y que está tan extendida entre el pueblo cristiano que el Cardenal Mercier la calificó como “una especie de adagio teológico”¹¹.

En la edición crítico-histórica de *Camino*, el profesor Pedro Rodríguez ha hecho notar no sólo la conexión que las expresiones *alter Christus, ipse Christus* tienen con la tradición teológica anterior, sino la conexión que tienen en el Beato Josemaría con el itinerario de su propia vida interior.

«Pero esta urgencia de transmitir a otros el misterio del sacerdote —comenta Pedro Rodríguez—, hay que ponerla en relación, me parece, con la renovada autoconciencia de su propio sacerdocio, que le fue concedida en los Ejercicios Espirituales que hizo en Segovia el mes anterior a nuestro texto, donde sacó este propósito (el noveno de una lista de once): “*Recordar* frecuentemente que soy...¡*alter Christus!*”»¹².

De hecho, para el Beato Josemaría existe un ideal común para todos los cristianos, sacerdotes y laicos: la identificación con Cristo. Se trata de una identificación sacramental que tiene lugar por los sacramentos del Bautismo y de la Confirmación y, en el ministro, en el del Orden, a la que debe seguir una identificación con Cristo en pensamientos, obras y palabras en todo el existir cotidiano. Ser sacerdotes de la propia existencia, le hemos oído decir. O lo que es lo mismo, ser no sólo “otro Cristo”, sino “el mismo Cristo”. En este contexto se sitúa cuanto quiere decir al utilizar la expresión “alma sacerdotal”.

4. LA MENTALIDAD LAICAL

En la misma homilía *Amar al mundo apasionadamente*, el Beato Josemaría señala con trazos firmes lo que quiere decir con la expresión “mentalidad laical”:

«Pero a ese cristiano jamás se le ocurre creer o decir que él baja del templo al mundo para representar a la Iglesia, y que sus soluciones son las *soluciones católicas* a aquellos problemas. ¡Esto no puede ser, hijos míos! Esto sería clericalismo, *catolicismo oficial* o como queráis llamarlo. En cualquier caso, es hacer violencia a la naturaleza de las cosas. Tenéis que difundir por todas partes una verdadera *mentalidad laical*, que ha de llevar a tres conclusiones: a ser lo suficientemente honrados, para pechar con la propia responsabilidad personal; a ser lo suficientemente cristianos, para respetar a los hermanos en la fe, que proponen —en materias opinables— soluciones diversas a la que cada uno

¹¹ Cfr. D.J. MERCIER, *La vie interieur*, Lovaina 1934, 143.

¹² J. ESCRIVÁ, *Camino. Edición crítico-histórica* preparada por P. Rodríguez, Madrid 2002, 277-278.

de nosotros sostiene; y a ser lo suficientemente católicos, para no servirse de nuestra Madre la Iglesia, mezclándola en banderías humanas.

Se ve claro que, en este terreno como en todos, no podríais realizar ese programa de vivir santamente la vida ordinaria, si no gozarais de toda la libertad que os reconocen —a la vez— la Iglesia y vuestra dignidad de hombres y de mujeres creados a imagen de Dios. La libertad personal es esencial en la vida cristiana. Pero no olvidéis, hijos míos, que hablo siempre de una libertad responsable.

Interpretad, pues, mis palabras, como lo que son: una llamada a que ejerzáis —¡a diario!, no sólo en situaciones de emergencia— vuestros derechos; y a que cumpláis noblemente vuestras obligaciones como ciudadanos —en la vida política, en la vida económica, en la vida universitaria, en la vida profesional—, asumiendo con valentía todas las consecuencias de vuestras decisiones libres, cargando con la independencia personal que os corresponde. Y esta cristiana *mentalidad laical* os permitirá huir de toda intolerancia, de todo fanatismo —lo diré de un modo positivo—, os hará convivir en paz con todos vuestros conciudadanos, y fomentar también la convivencia en los diversos órdenes de la vida social»¹³.

La mentalidad laical está en las antípodas de lo que negativamente podría describirse como “mentalidad clerical”. Lógicamente, el Beato Josemaría no se refiere con ello a la mentalidad de los eclesiásticos sin más, sino a esa deformación que lleva a sacerdotes y laicos, que tanto da, a abusar de la condición de cristiano. Las frases del Beato Josemaría no dejan lugar a dudas: está describiendo a quienes desean proponer sus propias soluciones como “las soluciones católicas”, a quienes hacen violencia a la naturaleza de las cosas olvidando su carácter secular. La “mentalidad laical”, en cambio, lleva consigo en cualquier cristiano a aceptar la propia responsabilidad y respetar la libertad de los demás y a no servirse de la Iglesia para los propios fines terrenos. La mentalidad laical lleva, por un lado, a exigir los propios derechos, a vivir santamente la libertad con que Cristo nos ha liberado y, por otro lado, a huir de toda intolerancia y de todo fanatismo.

La “mentalidad laical” se encuentra, pues, lejos tanto del “clericalismo”, como de la “mentalidad laicista”. El Beato Josemaría lo expresó con firmeza:

«Cierta mentalidad laicista y otras maneras de pensar que podríamos llamar *pietistas*, coinciden en no considerar al cristiano como hombre entero y pleno. Para los primeros, las exigencias del Evangelio sofocarían las cualidades humanas; para los otros, la naturaleza caída

¹³ *Conversaciones*, 117.

pondría en peligro la pureza de la fe. El resultado es el mismo: desconocer la hondura de la Encarnación de Cristo, ignorar que *el Verbo se hizo carne, hombre, y habitó en medio de nosotros (Jn 1, 14)*»¹⁴.

Tocamos aquí lo que podríamos llamar el fundamento cristológico de esta postura sacerdotal del Beato Josemaría, con los brazos abiertos sin reticencias al mundo, con un amor apasionado hacia las situaciones y las tareas seculares. Amor de sacerdote, que santifica desde dentro las situaciones más comunes. Si se han asimilado a fondo las consecuencias que se siguen del hecho de la Encarnación, se estará lejos tanto de la mentalidad laicista, que ignora la relación de todo lo creado al Verbo hecho carne, como del clericalismo que pretendería poner la fe al servicio de intereses humanos. Se trata, en consecuencia de vivir cada uno el misterio de la Encarnación del Verbo, siendo a la vez “muy humanos y muy divinos”. De hecho, para el Beato Josemaría tras las deformaciones de la mentalidad laicista o del clericalismo lo que se encuentra es una percepción deficitaria del misterio de la Encarnación:

«Se dan, a veces, algunas actitudes, que son producto de no saber penetrar en ese misterio de Jesús. Por ejemplo, la mentalidad de quienes ven el cristianismo como un conjunto de prácticas o actos de piedad, sin percibir su relación con las situaciones de la vida corriente, con la urgencia de atender a las necesidades de los demás y de esforzarse por remediar las injusticias.

Diría que quien tiene esa mentalidad no ha comprendido todavía lo que significa que el Hijo de Dios se haya encarnado, que haya tomado cuerpo, alma y voz de hombre, que haya participado en nuestro destino hasta experimentar el desgarramiento supremo de la muerte. Quizá, sin querer, algunas personas consideran a Cristo como un extraño en el ambiente de los hombres.

Otros —en cambio— tienden a imaginar que, para poder ser humanos, hay que poner en sordina algunos aspectos centrales del dogma cristiano, y actúan como si la vida de oración, el trato continuo con Dios, constituyeran una huida ante las propias responsabilidades y un abandono del mundo. Olvidan que, precisamente Jesús, nos ha dado a conocer hasta qué extremo deben llevarse el amor y el servicio. Sólo si procuramos comprender el arcano del amor de Dios, de ese amor que llega hasta la muerte, seremos capaces de entregarnos totalmente a los demás, sin dejarnos vencer por la dificultad o por la indiferencia.

Es la fe en Cristo, muerto y resucitado, presente en todos y cada uno de los momentos de la vida, la que ilumina nuestras conciencias,

¹⁴ *Amigos de Dios*, 74.

incitándonos a participar con todas las fuerzas en las vicisitudes y en los problemas de la historia humana. En esa historia, que se inició con la creación del mundo y que terminará con la consumación de los siglos, el cristiano no es un apátrida. Es un ciudadano de la ciudad de los hombres, con el alma llena del deseo de Dios, cuyo amor empieza a entrever ya en esta etapa temporal, y en el que reconoce el fin al que estamos llamados todos los que vivimos en la tierra»¹⁵.

La unión del binomio “alma sacerdotal” y “mentalidad laical”, lleva al sacerdote a concebir su tarea respetando y haciendo respetar la naturaleza de las cosas y de las realidades seculares, enseñando a los fieles a ser honda y lealmente cristianos, es decir a vivir en sí mismos las consecuencias que se siguen del misterio de la Encarnación:

«Si interesa mi testimonio personal, puedo decir que he concebido siempre mi labor de sacerdote y de pastor de almas como una tarea encaminada a situar a cada uno frente a las exigencias completas de su vida, ayudándole a descubrir lo que Dios, en concreto, le pide, sin poner limitación alguna a esa independencia santa y a esa bendita responsabilidad individual, que son características de una conciencia cristiana. Ese modo de obrar y ese espíritu se basan en el respeto a la trascendencia de la verdad revelada, y en el amor a la libertad de la humana criatura. Podría añadir que se basa también en la certeza de la indeterminación de la historia, abierta a múltiples posibilidades, que Dios no ha querido cerrar»¹⁶.

5. LA IMPORTANCIA VITAL DEL BAUTISMO

La secularidad cristiana está radicada en el Bautismo y caracteriza la vida de todo cristiano llamado a identificarse con Cristo en medio de la sociedad, y en consecuencia caracteriza también la vida del sacerdote secular. El Orden Sagrado, en efecto, supone el Bautismo. El Bautismo nos hace hijos de Dios. Se trata de una participación tan íntima en la vida trinitaria que transforma, divinizándola, toda la existencia del creyente. Y es propiamente la filiación divina, el sentido profundo, vivo y gozoso, de esta realidad sobrenatural aplicada a la vida ordinaria, lo que constituye el fundamento del espíritu del Opus Dei. En cuanto a nosotros, sacerdotes, la filiación divina encuentra en el sacramento del Orden como una nueva

¹⁵ *Ibidem*, 98-99.

¹⁶ *Es Cristo que pasa*, 99.

dimensión, en cuanto que el ejercicio del sacerdocio ministerial nos une íntimamente a Cristo, Hijo de Dios y Sacerdote, que nos convierte no sólo en *ipse Christus*, sino que nos hace capaces de obrar *in persona Christi*. Esto significa que Dios Padre, mirándonos, puede decir con verdad y con razón lo que dice a Jesús: *¡Tú eres mi Hijo!* El descubrimiento de la dimensión sacerdotal de la filiación divina fue iluminante para mi vida de joven sacerdote; también mi ministerio se me presentaba como un esfuerzo para hacer a cada hombre consciente de su filiación divina y para ayudarlo después a vivir sobre la tierra como hijo de Dios.

El Bautismo, en fin, inserta al fiel en la Iglesia; no lo saca del mundo. El mundo sigue siendo el *habitat* propio y natural del bautizado, en el que vive y se mueve para santificarse precisamente como hijo de Dios y para orientar a Dios, con su empeño apostólico, todas las realidades creadas. Todo esto es fundamental en la condición del creyente. Él no se coloca de frente al mundo, sino que vive dentro del mundo, como en su casa, comparte las ansias, los problemas, las fatigas de sus contemporáneos, y lo “ama apasionadamente”, porque es el lugar de su encuentro con Dios. La presencia del cristiano en el mundo responde plenamente a la figura y a la misión evangélica del discípulo de Cristo. El peligro para el cristiano, y en particular para el sacerdote, no está en las cosas del mundo, sino en la pérdida de la propia identidad y, con ella, del propio vigor, como la sal que se vuelve insípida.

En definitiva, el sacerdote diocesano comparte la condición secular con el fiel laico, camina codo con codo con él, recorre con él “los caminos divinos de la tierra” para santificar los acontecimientos de la vida y del mundo, pero permaneciendo sacerdote, únicamente y siempre sacerdote, sacerdote “cien por cien” y a tiempo pleno¹⁷. Es la misma condición de Cristo, Hijo de Dios-Sacerdote, que pasa por las calles de todo el mundo *benefaciendo et sanando omnes*, haciendo el bien a todos¹⁸.

6. UNA ASCÉTICA PARA LA VIDA SECULAR

La gracia bautismal comporta para el cristiano la llamada a la santidad. Ahora bien, santificar el trabajo y las ocupaciones ordinarias santificándose en ellas exige la práctica generosa de las virtudes humanas y sobrenaturales. La ascética cristiana está caracterizada como una ascética positiva, pues no se limita a la lucha contra el mal, sino que mira sobre todo al ejercicio —heroico, si es necesario—, de las virtudes humanas divinizadas por la gracia, y de las virtudes teologa-

¹⁷ Cfr. *Sacerdote para la eternidad*, 64.

¹⁸ Cfr. *Hcb* 10, 38.

les. La santificación del trabajo y de la vida ordinaria exige una sólida formación humana, también doctrinal, y una piedad sencilla y profunda. Exige finalmente una lucha que lleve al cristiano a vivir vida contemplativa en el mundo, en las ocupaciones habituales; en una palabra, exige una ascética que busque la *unidad de vida*. Es decir, de esta ascética para la secularidad, el Beato Escrivá subrayaba, entre otras, estas características: el cultivo de las virtudes humanas, la visión positiva de la lucha ascética, el esfuerzo por alcanzar la unidad de vida.

Se trata de una ascética que es muy necesaria también, como es obvio, para el sacerdote secular. Precisamente porque el sacerdote debe moverse en el mundo en medio de los hombres, todos los valores humanos que tienen importancia para un honesto hombre de la calle deberán estar presentes en su comportamiento como expresión de una auténtica “mentalidad laical”. Por esta razón, virtudes como la lealtad, el respeto a las personas, el cumplimiento de la palabra dada, el orden... hasta los aspectos más pequeños como la corrección, la educación, una sobria y limpia elegancia en el comportamiento y en el vestido son, para el sacerdote secular el terreno cotidiano de su lucha ascética. Y todo esto con un enfoque que busca positivamente sembrar el bien. El Beato Josemaría quería una lucha exigente y deportiva, propia de un ascetismo sonriente lleno de alegría y de optimismo.

Esta ascética procura y lleva a la unidad de vida. Esto ha sido clave para mí a la hora de pensar en las cualidades de una ascética apta para la vida secular. Cuando el Beato Josemaría conversaba con nosotros, pasaba con sorprendente naturalidad de las cosas más materiales de la vida ordinaria a las cosas de Dios, de la Iglesia y de las almas. Le gustaba decir que debíamos “materializar” la vida espiritual¹⁹. Se veía que en él todo pasaba a través de una constante conversación con Dios. Era frecuente oírle decir que tenía un solo corazón y que con aquel único corazón de carne amaba a Dios, amaba a sus padres, a su trabajo y a todas las personas²⁰. Era lo mismo que decir que la unidad de vida se realiza en el corazón del creyente.

No puedo menos de recordar que los sacerdotes corremos el riesgo de un engaño tremendo: en nuestro ministerio pastoral tocamos cosas santas y nos ocupamos de la vida espiritual del pueblo de Dios, pero si todo esto no pasa a través de nuestro corazón para convertirse en diálogo íntimo y confiado con Dios, permanecería como una vida paralela a la vida espiritual, con el riesgo de convertir nuestro ministerio pastoral en una labor de burócratas.

Los textos del Beato Josemaría que ponen en guardia contra este riesgo son muy numerosos: por ejemplo, en las homilías *Sacerdote para la eternidad* y *La*

¹⁹ Cfr. por ejemplo, *Amigos de Dios*, 254; *Conversaciones*, 114.

²⁰ Cfr. *Es Cristo que pasa*, 142.

Iglesia nuestra Madre, en *Conversaciones* y, especialmente, en la homilía *Amar al mundo apasionadamente*, que he citado extensamente. En todos ellos, de una forma u otra, el Beato Josemaría apunta siempre a la unidad de vida del sacerdote, es decir, a su identificación ascética con la consagración sacerdotal recibida y con la misión que dimana de esa consagración.

Así se ve, por ejemplo, en una entrevista recogida en *Conversaciones*, en la que, respondiendo a la pregunta sobre cuál es el rasgo que destacaría en la descripción de la figura del presbítero contenida en el Decreto *Presbyterorum Ordinis*, dice:

«Acentuaría un rasgo de la existencia sacerdotal que no pertenece precisamente a la categoría de los elementos mudables y perecederos. Me refiero a la perfecta unión que debe darse —y el Decreto *Presbyterorum Ordinis* lo recuerda repetidas veces— entre consagración y misión del sacerdote: o lo que es lo mismo, entre vida personal de piedad y ejercicio del sacerdocio ministerial, entre las relaciones filiales del sacerdote con Dios y sus relaciones pastorales y fraternas con los hombres. No creo en la eficacia ministerial del sacerdote que no sea hombre de oración»²¹.

7. EL RESPETO A LA LIBERTAD

Para terminar vuelvo la atención una vez más a la querida figura del Beato Josemaría y a la influencia que mis encuentros con él han tenido en mi vida. Como ya he dicho, daba gran importancia al respeto a la libertad de los demás: todos, sacerdotes y laicos, deben respetar la libertad de sus hermanos. He citado hace poco sus palabras en las que expresaba el lugar que el respeto a los demás ocupaba en su quehacer sacerdotal...; añadía que la tarea del sacerdote consiste en poner a cada uno frente a las exigencias de su propia vocación, para que actuase con lucidez y libertad. En el pensamiento del Beato Josemaría, este respeto por la libertad de los demás es parte importante de nuestro servicio sacerdotal.

Son muchas las reflexiones del Beato Josemaría sobre el aspecto de servicio inherente a la misión del sacerdote. Con frecuencia se servía de imágenes conmovedoras y vibrantes; ahora me limitaré a recordar dos que me han ayudado a comprender cómo debe ser el espíritu de servicio del sacerdote: el borrico y la alfombra. En un encuentro mantenido en noviembre de 1961, le presenté una fotografía suya para que pusiera allí unas palabras que me sirvieran para mante-

²¹ *Conversaciones*, 3.

ner viva la presencia de Dios. La tomó, y sin dudar, con su escritura rápida y de trazos fuertes, escribió: *ut jumentum!* Después, mirándome fijamente, me dijo: «¡Hijo mío, esto debemos ser los sacerdotes con respecto a nuestros hermanos!». Meditando esas palabras, me di cuenta de lo que quería decirme: como el borriquito, también el sacerdote debe llevar a Cristo a sus hermanos y, al mismo tiempo, debe llevar el peso de las almas, como el buen samaritano cargó al herido sobre la cabalgadura. El borriquito sólo es capaz de servir, y no exige derechos. Así es como el sacerdote debe servir a las almas y así es como vi hacerlo al Beato Josemaría.

La imagen de la alfombra le servía para indicarnos cómo debe ser nuestro servicio sacerdotal: un servicio hecho de disponibilidad total hacia nuestros hermanos, mantenido con un espíritu de sacrificio silencioso y amable, desarrollado con garbo y naturalidad, para que nuestros hermanos pueden caminar blando. Lo relata con sencillez y profundidad Pedro Casciaro, al recordar el momento en que el Beato Josemaría le preguntó si estaría dispuesto a ordenarse. Al recibir la respuesta afirmativa de Pedro, el Fundador del Opus Dei le señaló la alfombra situada a los pies del altar: «El sacerdote tiene que ser como esa alfombra; sobre ella se consagra el Cuerpo del Señor; está en el altar, sí, pero está para servir; más aún, está para que los demás pisen blando, y ya ves, no se queja ni protesta... ¿Comprendes cuál es el servicio del sacerdote? Ya verás que más adelante, en tu vida reflexionarás sobre esto»²².

El sacerdote, una alfombra para que sus hermanos pisen blando. Y entre éstos, el Beato Josemaría indicaba en primer lugar los otros sacerdotes del presbiterio. La fraternidad sacerdotal no podía ser seca y anónima —la caridad “fría y oficial” que denuncia en *Es Cristo que pasa* (n. 167)—, sino el cariño sincero, empapado del calor de la amistad y del afecto humano. Para el Beato Josemaría, la expresión más exquisita de la fraternidad sacerdotal es la preocupación fraterna por ayudar, también corrigiéndoles si es preciso, a los demás sacerdotes en su sacerdocio, en su ministerio y en el camino de su santidad.

Amar al mundo apasionadamente con corazón de sacerdote. Así, siguiendo el hilo de las enseñanzas del Beato Josemaría, el sacerdote en su ministerio se encuentra en el mundo —diré parafraseando palabras e imágenes del Beato Josemaría—, como en “un mar sin orillas”, un mar que recorre sin descanso en todas las direcciones como pescador de hombres para llevarlos, heridos de contrición y de amor, a los pies de Cristo.

Éste es uno de los recuerdos más vivos que guardo del Beato Josemaría desde mi primer encuentro con él, al comienzo de mi sacerdocio ministerial. Se trata de un recuerdo verdaderamente operativo, que ha iluminado y sigue iluminando mi quehacer sacerdotal.

²² P. CASCIARO, *Soñad y os quedaréis cortos*, Madrid 1994, p. 69.